

A MI QUERIDO MAESTRO

1928.—ELGUETA.—Los representantes de la Asamblea han cesado de hablar, de exponer sus opiniones.

La emoción, cual rayo que hubiera atravesado los cuerpos, ha descarnado los corazones, movido el ambiente, y vibrado en las almas. Muchos son vencidos por ella; su cara es fiel espejo. Otros, al tratar de dominar sus nervios, tiemblan.

Esta impresión aumenta y se recrudece cuando nuestro buen «Aita» deja de leer su escrito. La sacudida nerviosa ha sido tan fuerte en él, que el pliego de la proposición de su hijo Cosme se agita entre sus manos como si el viento lo moviera.

Todos miramos y nos aturdimos, porque al mismo tiempo, allí, en un costado del salón, vemos que unas lágrimas saltan de los ojos de nuestro gran maestro Antzón Bandrés. El primer apóstol de la montaña se halla totalmente envuelto en el brioso fuego del ambiente.

¿Causas? Es la inmensa labor del querido don Antonio el motivo de estas impresiones; ella ha repercutido en el alma de los reunidos. Sus sacrificios, sus luchas, su heroico tesón en favor de la santa causa del Alpinismo y del amor a la Naturaleza, pesan sobre la masa. Esta pulsa la gran deuda de gratitud que todos le deben, y, consciente con ella, se apresura a querer pagarle, a rendirle admiración y honores.

* * *

1929.—AL VOLVER DE LOS ALPES.—El mutismo escalofriante, la emocionante sacudida que experimentara en aquella ocasión, me impidieron hablar para proponer, y no pude leer mis pobres escritos; tuve que guardarlos, con gran pena, para otra ocasión.

Ahora, querido maestro, que aquellos ambientes se fueron y que las simples cuartillas desaparecieron, permitidme (ya que siempre tuve intención de ello) que os ofrezca estas mis andanzas por los Alpes, como discípulo que os ama y tanto debe, y juntamente con mi simple obsequio escriba mi dedicatoria:

Al vasco más vasco del siglo XX.

Al hombre entero, íntegro, que llevó a las masas a la Montaña.

Al apóstol que con sus luchas, sacrificios y abnegación ha cambiado a la juventud.

Al maestro, mal pagado, que tantos favores debe el País Vasco y España entera.

Al bondadoso «gentleman», don Antonio.

Al gran Bandrés, primer vasco que pisó el «Mont-Blanc».

A él, a mi querido orientador en las sanas aficiones a las bellezas y bondades de la montaña, le ofrendo estas mis correrías, que no son ninguna cosa extraordinaria, lo comprendo; pero que van repletas de sinceridad, y buen deseo.

ANDRÉS ESPINOSA.